

GLORIAS NUESTRAS

Era en septiembre de 1925. Por Marruecos volvían a correr aires bélicos, ante la inminencia del proyectado desembarco en Alhucemas, y toda nuestra atención estaba suspensa ante tamaño acontecimiento, que no podía menos de tener una inusitada resonancia en todos los ambientes y en todos los aspectos. Políticamente, el éxito de la operación era asegurar en definitiva nuestra actuación civilizadora, encauzándola por los más racionales; militarmente, era asimismo de capitalísima importancia, porque semejantes operaciones sólo son llevadas a cabo por ejércitos de incomparable envergadura; y, entre el elemento popular, por esa incertidumbre que se crea siempre ante los grandes acontecimientos. Esta expectación por nuestra parte no tuvo menores proporciones entre el elemento musulmán e israelita, adictos y rebeldes. En el campo de éstos se fraguó el plan de batalla (?), las normas que había que seguir para la defensiva, y llegó el momento señalado, y con él la descontada actividad enemiga. Se sufrió una presión más o menos fuerte en todos los puntos que, por su proximidad a las plazas o posible interrupción de comunicaciones entre dos puntos importantes, podían representar una distracción de fuerzas que, mermando los efectivos destinados al desembarco, rebajaran el coeficiente de empuje de aquellas fuerzas. Y entre las que más directamente sufrieron esta presión rebelde estaban comprendidas las del sector de Kudia-Tahar (Tetuán), donde, una vez más, se llenaron nuevas páginas de nuestra gloriosa historia con hazañas de inimaginable heroísmo.

Seguramente que todos cuantos esto lean recordarán la carretera que parte de Tetuán en dirección a Tánger, la que, al llegar a la estación de Mogote, se bifurca frente al Cónico, para convertirse en dos brazos: el de Tánger y el de Xauen. Seguimos por éste hasta remontar el campamento de Ben-Karrich, y casi a medio camino, desde aquí a Zinat, a la izquierda, en aquellas rocosidades que tan escarpada presenta la cordillera que hacia allí se prolonga tras el Gorgues, se hallaban los puestos que constituían Kudia-Tahar y Vázquez-Nator. Uno de éstos, el blocao Nator número 3, lo guarnecían un puñado de soldados del Infante, veinte en total, a cuyo frente, como jefe de ellos, se hallaba el entonces Sargento don Mariano Ascoz Cabañero. Monótona y tediosa, se deslizaba tranquila la vida de aquellos hombres,

expatriados para llenar el cumplimiento de honrosísimo deber, y que tenían a su cargo la vigilancia y defensa de aquel trozo de tierra, en que ondeaba airosa, izada en nobilísimo intento civilizador, nuestra Bandera sacrosanta, que, siempre en triunfo, recorrió en inmortales empresas la Tierra toda, como símbolo demostrativo de que la raza hispánica, descubridora de mundos y creadora de pueblos, aún tiene savia suficiente para dar vida al generoso empeño de hacer un país de los despojos de una raza aletargada en el sueño de los siglos. Pero un día...

Con la inusitada rapidez con que se pasaba de un estado de extrema calma a otro de suprema actividad guerrera, los hombres de Ascoz, como todas las demás posiciones cercanas, se vieron bien pronto metidos en un asedio que, en toda regla y con la decidida intención de hacer saltar aquel pedazo de frente, por considerarlo punto más fácil a sus intentos, les ponían los rebeldes. Nator 3, como todos los puestos, va resistiendo la presión que se le hace, que empezó con ruidido fuego de fusilería pasada la medianoche, siempre en busca de una sorpresa, y la pequeña guarnición contesta al fuego que se entabla. Empieza a amanecer el día 3 de septiembre; uno de aquellos amaneceres angustiosos cuando ya se tenía entablada la lucha que, difundiendo claridad, permite el empleo de más potentes elementos, y en el reducido recinto del blocao, que llenan las explosiones de los disparos, las enérgicas disposiciones del Sargento, los lamentos de los heridos y el silbido agudo y calofriante de los proyectiles enemigos, caen de lleno las granadas de la artillería, que contra ellos emplea, a muy corta distancia emplazada y al abrigo de las naturales barreras de piedra que ofrece el accidentado terreno. Ascoz, sereno y rápido en la ejecución, ante los elementos de que dispone el enemigo y la cantidad en que se presenta éste, ordena a su gente salir fuera hasta unas rocas próximas, donde se hace fuerte y sigue defendiendo su puesto, poniendo en ello toda su energía y alentando constantemente a sus hombres, a quienes logra infundir la necesaria presencia de ánimo, con su valor frío y sereno, que, ya desde estos momentos, empieza a sobrepasar de lo real para llegar a lo heroico. La intensidad del combate, que ya está entablado por todo el sector, llega a su máxima expresión, y aunque en momentos el enemigo, ante tan tenaz resistencia, parece debilitarse, ante el convencimiento que le concede lo exiguo del número de los sitiados, vuelve con más brío y avanza al asalto cuantas veces le apoya su artillería, aniparándose en sus explosiones. Una, diez, cien veces, aquellos bravos que acaudilla Ascoz se crecen, se multiplican, se convierten en la reacción a que los somete el hervor de su sangre, la misma que aquellos que tan alta co-

locaron la fama de nuestra fidelidad y coraje para conservar su puesto en Sagunto, Numancia, Zaragoza, Gerona...; en leones, para, a zarzapos, defenderse de aquel empuje de un enemigo infinitamente superior en número y dotado de potentísimos elementos de combate. Al empezar la noche, tienen once bajas y materialmente deshechas las paredes del blocao, que durante el día fué el blanco preferido de los disparos artilleros. No decaen, no desmayan; todos unidos, como un solo hombre, los nueve restantes, movidos por la voluntad de su Sargento, se aplican de lleno a remediar aquellos desperfectos; y de la nada, con la fecunda iniciativa que aporta el valor, surge la improvisación remediadora. Las mantas, las cajas de municiones vaciadas durante el día, los capotes, los sacos que sirven de lecho, todo tiene aplicación para taponar las brechas, y allí donde tan vario material no alcanza, está para cubrirlo el pecho de uno de sus defensores: ¡todo antes que ceder! No hay más que un pensamiento: ¡luchar hasta morir! Y para algunos tiene este epílogo la jornada.

Durante la noche, el enemigo, si bien en menor intensidad, sigue ejerciendo presión, hasta que al amanecer del 4 vuelve otra vez a apretar el cerco con más intensidad que el día anterior y con mayor coraje al ver cómo se sostienen, cada vez con mayor tesón, los sitiados. En Nator 3, empiezan a escasear las municiones, se hace preciso evacuar las bajas, y un hombre de aquella guarnición, el soldado Francisco Valero, figura que, con la del Sargento, es principalísima en aquel minúsculo retablo en que actúan estos héroes, sale, por orden de su Jefe, a llevar una petición de recursos de combate a la cercana posición principal. Se incorporan nueve Cazadores, que sustituyen las bajas del puesto, y sigue la lucha más enconada, llegando, en el paroxismo de aquella locura, a oír voces enemigas que reiteradamente intiman una rendición y entrega, a cambio de la cual se ofrece respetar las vidas. Ascoz y sus hombres contestan a esta proposición vergonzosa con nutridas descargas. Hay que permanecer allí, aun a costa de la propia existencia, y en el ánimo de todos vive el convencimiento de que así debe ser, "puesto que la Patria lo quiere"... Y sigue la defensa, tenaz, sin otro pensamiento ni otro norte que la conservación del puesto a toda Costa. Ascoz es alcanzado por la metralla enemiga; sus manos, sus ojos y su cuerpo son sucesivamente heridos por proyectiles de artillería y de fusil; pero aún queda aliento, aún hay voz en su pecho para alentar a su gente, aún queda sangre que verter, y, olvidando la vida que puede escaparse diluida en la sangre generosa que va regando su cuerpo, sólo piensa en mantenerse firme, en conservar su gesto enérgico, ahogando el dolor físico, para sostener latente la fe y confianza de sus hombres, cuyo número está cada vez más mer-

mado. Durante la noche, y dentro del tan deshecho blocao que con tanto tesón defiende, es duramente atacado por el enemigo, que, en un esfuerzo titánico, logra apoderarse de las rocas que durante el día, y por hallarse a unos cinco metros de las alambradas, le servían de abrigo y baluarte para su defensa ante el nutrido fuego de artillería. La proximidad del enemigo, lejos de quebrantar el ánimo de Ascoz, es un acicate poderoso, que aún aumenta sus energías, y con granadas de mano y el nutridísimo fuego de fusil de sus hombres, logra que, ya próximo el amanecer, se retire el enemigo de aquella natural defensa, que gana para sí y los suyos, sin cejar en la lucha. La intensidad del fuego de artillería enemiga reduce a cenizas el puesto, que queda removido hasta en sus cimientos; desaparecen las alambradas. Ascoz, debatiéndose ya a la desesperada (pues tiene once muertos y cinco heridos), hallándose él materialmente cubierto de heridas, consumidas las granadas de mano, con muy contados cartuchos, ante la evidencia de no poder resistir más, viendo a los únicos dos hombres que le quedan completamente agotados, sintiéndose desfallecer, ordena la evacuación, y en ella, deshechos, sucumben a la impotencia física, para al fin ser recogidos por la guarnición de otro puesto, desde donde son evacuados a los hospitales.

La labor desarrollada por este Sargento, ejemplo de altísima moral militar, que, causando el asombro de sus hombres, fué la fuerza magnética que consiguió rindieran frutos insospechados, cautivó también la justa admiración de los elementos que acudieron a socorrerlos, y sus Jefes naturales pidieron para él la más alta recompensa a que puede aspirar un soldado, y el día 27 de febrero del año actual, solemnemente, ante los muros del histórico castillo de la Aljafería, mudo testigo de tantos grandes hechos, y en este suelo de la inmortal Zaragoza, tan regado por la sangre de sus hijos en la gloriosa epopeya pro-independencia Patria, la primera autoridad militar del distrito, con las frases de ritual, en representación del Soberano, y en nombre de la Patria, lo hizo Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando por el heroico comportamiento que reseñado queda.

La Historia patria la escriben sus hijos; digno es, pues, de toda admiración fervorosa quien, como el Sargento Ascoz, contribuyó a añadir una gloria más a sus páginas. Entre nosotros hechos como éste, al afirmar nuestra emulación, nos da al par el orgullo de añadir uno más a los que, como él, contribuyeron a hacer de la clase un importante plantel de héroes.

EMILIO SALVADOR

Sargento de Infantería.